



LA DOCTRINA DEL FUEGO

Primera edición, febrero de 2021

© Toni Cifuentes, 2021

© Ilustración de cubierta: Daniel Cifuentes

© De la presente edición: Ediciones El Transbordador

(una marca de El Inventor de Mundos, S. C. - CIF: J93324580)

Corrección, maquetación y diseño: Ediciones El Transbordador

El logotipo de Ediciones El Transbordador es un diseño de Tomás Hijo

Depósito legal: MA 66-2021

ISBN: 978-84-122520-6-4

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright.

Impreso en España - *Printed in Spain*

www.edicioneseltransbordador.com



ILUSTRACIÓN DE DANIEL CIFUENTES

PRIMERA PARTE



CAPÍTULO I

BENET, O EL CABALLERO QUE SOÑABA CON CONTAR LAS ESTRELLAS

EL PRINCIPIO DEL MITO

I

Era la época de los castillos, de los caballeros y de las batallas sangrientas que duraban años. Era el tiempo de los monstruos y de la magia. La Naturaleza todavía era un gigante inmenso que dormitaba sobre sus dominios en un feliz descanso y extensos bosques cubrían la tierra que no estaba ocupada por los techos de paja de la humanidad. Bajo aquellos paisajes de troncos amplios no llegaba la luz, y las rocas vestidas de musgo se empapaban del agua clara de manantiales que zigzagueaban entre sombras perpetuas. Esa misma agua, proveniente de los deshielos de montañas lejanas e imperturbables, podía penetrar las rocas, esculpir inmensas cuevas, decorarlas de columnas, manar de nuevo entre las raíces a millas de distancia, convertirse en río y, finalmente, llegar hasta el mar sin que los ojos de ningún hombre la hubieran visto y sin haber mojado sus manos. El mundo era todavía grande y desconocido, y los cuentos, no la ciencia, pretendían explicar sus misterios.

Esta historia comienza en esa época, aunque en un periodo en el que ya no había batallas, pues los reyes habían decidido que la mejor lucha era la que se libraba sobre el mantel por un trozo de queso, y el mejor diálogo, el de la palabra y no el de la espada. Esta paz aburría a los caballeros de las cortes, que ya se sabían de memoria los cuentos de los juglares. Los chismes de romances secretos, de engaños y otras privacidades eran una comidilla que producía sueño. Como alternativa, se comenzaba ya a hablar de temas más peliagudos tales como el origen del mundo, su tamaño o el destino del hombre. Alguno se preguntaba cuántas estrellas había en el cielo y otro respondía que llevaba cien días contando y que parecían no tener fin.

No era distinto en otras fortalezas, donde las dianas de paja lucían más que agujereadas por las flechas, y el viento, hastiado, se llevaba sus hebras. Los troncos de entrenamiento estaban astillados de tantos hachazos y espadaos. Los caballeros ya sólo reclamaban a sus escuderos para pegarles, dejarlos en ridículo u ordenarles traer comida. Se estaban poniendo gordos, como dijera Steinbeck, y parecía que el tiempo de los pensadores estaba buscando su sitio como una libélula entre las cañas.

Pero cierto día comenzó a murmurarse que en un bosque lejano vivía un monstruo terrible. Al principio fue un rumor al que nadie hizo caso. Poco a poco, sin embargo, se enriqueció con detalles, con las puntillas de cada cual, y se convirtió en tema de interés en muchas de las cortes reales.

En las largas mesas, mientras la gente vertía el vino en sus copas y arrancaba pedazos de carne asada, se comentaba que la criatura poseía tres cabezas, el cuerpo lleno de espinas largas y afiladas, que en lugar de baba derramaba sangre por su boca y que, por la punta de los veinte dedos que tenía al final de seis largos brazos, chupaba la sangre de los animales. Mas al día siguiente y en otro lugar se decía que era de color verde, que escupía un líquido viscoso, que tenía ocho ojos como las arañas y el cuerpo lleno de pelo.

Siempre aparecía alguien que afirmaba haber visto al monstruo y juraba que era tal y como él lo describía. Nadie lo tomaba en serio pero, al menos, los demás se entretenían.

2

Un día, uno de aquellos caballeros aburridos y gordos, pero con la armadura más luminosa y cuidada, decidió comprobar si era verdad la existencia de ese monstruo que, como la saliva, estaba en boca de todos. Mientras masticaba un trozo de pollo, le preguntó al campesino de turno que lo estaba describiendo con todo lujo de detalles y a su manera peculiar cuál era el lugar en el que se encontraba tan horrible ser.

—¡Pues en un bosque! —respondió el otro extendiendo mucho los brazos y salpicando la mesa de salsa—. ¡En un bosque muy grande y oscuro, no muy lejos de aquí! —repitió, más calmado pero con la misma resolución.

—Eso no me sirve de nada —contestó el caballero, que se llamaba Benet—. Quiero saber dónde está ese bosque tan graaande —repitió a modo de burla.

—Lo ignoro —respondió el campesino, algo amedrentado. Después de hincarle el diente a un trozo de carne, prosiguió con más entusiasmo—: ¡Y vuela por el cielo con un artefacto lleno de luces y truenos por debajo!

La risa de Benet resonó en el comedor como un cubo contra las paredes de un pozo. El chico calló.

—¿Me dirás de una vez, so bufón, dónde se esconde?

Al ver que el campesino, que comía como pago por su historia, no contestaba, Benet lo señaló y dijo en voz muy alta:

—¡Estoy harto de estupideces, de tantas historias absurdas sin prueba alguna! ¡Estoy más que cansado! —Se detuvo para masticar—. ¡Cansadísimo!

Tragó un trozo de carne y relajó el brazo. El otro ya no miraba con tanta seguridad a su auditorio y agachaba la cabeza, avergonzado. Benet volvió a morder con hambre voraz.

—¿Sabéis lo que voy a... mmm... a hacer? —No podía dejar de comer—. Mmm... Voy a encontrar a ese bicho, si es que existe. No pararé hasta encontrarlo. Así sabré si es verdad o no.

Todos se rieron, pero nadie dejó de comer. Y así fue como Benet decidió emprender su búsqueda.

3

Se puso su armadura, se abrochó el cinto con mucha dificultad, envainó la espada, cogió su arco, algunas flechas y, finalmente, se subió a Pel, su amado (y obeso) caballo. Así, atravesando las puertas del castillo, se encaminaron hacia su incierto destino.

4

Llevaban una hora de camino cuando Benet dijo:

—Pel, caballo amigo, esta aventura me ha cansado. El sol me hace sudar y me pesa la armadura. Podría aguantarlo si no viera que tú estás fatal y que no vas a poder seguir a este ritmo. Además,

tengo hambre. Me resuenan las tripas. Con lo que te digo, amado Pel, que es hora de volver.

Benet tiró de las riendas y el caballo, de color parduzco y de larga crin, con un lucero entre los ojos que lo hacía parecer bizco, obedeció y dio la vuelta con cansancio. El castillo estaba cerca, apenas habían recorrido unos cuatrocientos pasos desde su partida, pues Pel, además de caminar muy lento, a cada rato se paraba a mordisquear la hierba. Y, mientras trotaba en su apacible regreso, Benet tuvo tiempo de pensar la excusa para su retorno repentino, alguna aventura que pudiera contar y que lo hubiera obligado, en contra de su voluntad, a volverse.

El sol estaba muy alto. Era un día luminoso, tan tranquilo que los pasos leves y veloces de las ardillas se sentían incluso entre la hierba baja. En esas matas, mordisqueando los tallos, se erguía graciosamente un conejo blanco y grande. Benet, al verlo, se detuvo pensando en lo rico que estaría una vez asado. Se bajó de su caballo a una distancia prudencial, ató las riendas a una rama, sacó su arco, una flecha y apuntó. El arco se tensó y, con una nota desafinada, se destensó. Voló la flecha entre la foresta y, certera, se clavó en uno de los costados del conejo.

Secándose el sudor, Benet lanzó un grito triunfal. Se relamía pensando en lo rico que estaría con unos pimientos y unos huevos cuando su entusiasmo se vio interrumpido al percatarse de que el conejo, malherido, escapaba. Espantado por el dolor de la flecha que atravesaba su cuerpo, su almuerzo se adentró en las profundidades del bosque.

5

Benet, a pesar de su cansancio y tras meditarlo un poco, emprendió la carrera tras el conejo. Tropezó con unas piedras, se cayó y se levantó para seguir el rastro de sangre. Benet no era un atleta, si acaso lo fue en el pasado, y resbaló en un terraplén y se arañó con las espinas de un arbusto mientras jadeaba. Sus carnes rebotaban a cada uno de sus pasos torpes. Veía al conejo dar algún brinco en un haz de luz y, luego, un poco más allá, saltando con dificultad entre la sombra de los troncos.

Decidió quitarse el peto, ya desabrochado, y tirarlo junto con el casco y los guantes. Estaba empeñado en alcanzar al animal, más por orgullo que por hambre. Así, la desmañada persecución lo llevó hasta un claro florido donde el sol colmaba el aire de una hermosa bruma multicolor. Pero a Benet aquella belleza le importaba bien poco. No veía las trompetillas ni las mariposas que revoloteaban y se posaban en ellas. Le escocían los ojos por el sudor que, como un manantial, brotaba de su frente. Su única obsesión era atrapar al conejo.

Probó a colocar una nueva flecha y apuntar. Tropezó y se le cayó el arma al suelo. No se detuvo a recogerla y continuó, esta vez insultando al conejo con la intención de minar su voluntad. Pretendía convencerlo de que no podría escapar, de que tarde o temprano moriría y se vería atrapado. Sin embargo, al comprobar que el conejo no atendía a razones, el caballero comenzó a divagar sobre la pirámide alimenticia y la moral, indicando que al huir estaba comiéndose, como lepórico, una ofensa inútil a las leyes de la naturaleza, pues era bien sabido que los más fuertes son los que gobiernan y también los que siempre vencen. Luego, como su discurso no surtía efecto, empezó a suplicarle al mamífero lagomorfo que se detuviera, musitando entre aspiraciones grandes y entrecortadas que su intención no era otra cosa que la de curarlo.

Entre tanta estupidez, Benet se desequilibró y estuvo a punto de caerse en redondo. Pudo apoyarse en el tronco de un árbol y, allí parado, se limpió el sudor que le chorreaba por la cara y le bañaba la camisola mientras el conejo, cojeando, se alejaba.

Benet se rindió. Insultó un poco más al conejo a modo de desahogo y, cuando se disponía a darse la vuelta y a marcharse, se congratuló al ver cómo el animal se derrumbaba entre las raíces de un enorme pino y se quedaba allí, muerto.

El caballero gordo se desplomó entre la hierba, incapaz de levantarse hasta un largo rato después, y lo hizo porque un zorro pequeño se estaba acercando entre los matorrales con muy mala intención.

6

El fuego de una hoguera se elevaba poco después sobre las copas como una melena serpenteante. Las brasas crepitaban y extendían

el rumor del fuego en el silencio reparador. Hacía mucho calor, pero Benet, hinchado por el conejo con setas que acababa de comerse, era incapaz de levantarse y apagar la hoguera. Se hizo a un lado, buscando la sombra de aquel enorme pino, y, con el canto de un gorrión como nana, se fue durmiendo. Había cerca un arroyo que se movía más abajo del bosque, y su rumor susurrante llegó hasta sus oídos y también lo acompañó mientras se sumergía en un sueño apacible.

7

Benet se encontraba en el torreón de un castillo. Era una noche clara y estrellada. Sentado en el suelo de piedra, marcaba puntitos con su pluma en un trozo de papel dividido por varias líneas. Miraba concentrado al cielo, mojaba la pluma en un tintero y, sin hacer caso de los murciélagos que revoloteaban y atrapaban los insectos atraídos por la luz de las antorchas, hacía un nuevo puntito con mucho cuidado en una zona concreta del papel.

—¿Cuántas llevas, Benet? —le preguntó uno de los caballeros.

—Mira —contestó él, y le mostró orgulloso el papel—. Mira cuántas llevo ya.

—Llevas muchísimas —lo animó el otro con una sonrisa afable.

No importaba que no supiera contar. Lo importante era que estaban allí y que eran amigos.

8

Benet se despertó. Abrió los ojos, pero le pareció que no lo hacía. Cerró los ojos y los volvió a abrir. Sentía que sus párpados se movían, pero este hecho no tenía demasiada relevancia, pues todo permanecía oscuro. Pensó horrorizado que se había quedado ciego. Tal vez las setas con las que había aderezado el conejo eran venenosas. O quizá lo era el propio conejo. ¿Quién podía saberlo? ¿Acaso era él un experto en setas o en conejos? ¡Sólo sabía comérselos!

La incertidumbre y aquella negrura aferrada a su iris hicieron que comenzara a sentir una tremenda angustia. ¿Tendría que vivir

por siempre bajo aquel velo negro y perpetuo, deambulando sin rumbo con el olfato, el tacto y, quizá, un largo y puntiagudo bastón como guías en aquel mundo inmenso y chacotero?

Comenzaba a sentirse abrumado por aquella desgracia que había caído tan repentina e injustamente sobre él cuando comenzó a distinguir algunas sombras y descubrió que, en realidad, lo que pasaba era que se había hecho de noche.

Más tranquilo, Benet bostezó y estiró los músculos. Las brasas en el fuego casi apagado palpitaban como corazones diminutos y una brisa vespertina llegaba hasta la hoguera dibujando un cerco de leve luz rojiza alrededor. Habían pasado siete horas desde que se durmiera y, pensando que ahora su excusa tendría más sentido, se palmeó la panza satisfecho.

Pero su tranquilidad, por desgracia, duró bien poco. De algún lugar cercano le llegó el sonido de un goteo extraño y pesado. Con un miedo creciente, Benet advirtió que una de las sombras que lo envolvían se estaba moviendo. Era una masa grande que se arrastraba con lentitud.

Benet se quedó inmóvil e incluso se olvidó de respirar. Se tanteó el cinto en busca de la espada, pero no la encontró. ¿Dónde estaba? ¡La había lanzado junto con el arco, el peto, el casco y los guantes! «¿En qué estarías pensando, por el amor de Dios?!». Sabía la respuesta: ¡en comer!

Fijó su atención en la poca luz que desprendía la hoguera mustia mientras aquello seguía acercándose a él con una lentitud espantosa. La sangre golpeaba con fuerza el interior de sus ojos. Cuando llegó más cerca, lo que descubrió le produjo horror más por lo inesperado que por lo terrible.

Aunque se movía arrastrándose de una forma extraña, con la cabeza ladeada y las patas flácidas, ¡era su caballo!

—¿Qué haces, Pel?

Un soplo de viento movió las ramas y extendió su voz de hojas como de serpiente. Un búho ululó acompañando el aire y fue como si le diera impulso, pues la corriente llegó hasta la hoguera mortecina y la avivó. Una llama pequeña nació entre las brasas y fue creciendo hasta convertirse en fuego. Y, cuanto más luz había, más se le secaba a Benet el alma.

Bañado por el brillo rojizo, vio a su caballo, sí, pero sólo la mitad superior y detrás un rastro de tripas. Los ojos de su amado Pel reflejaban la lumbre como un espejo inerte mientras una garra tiraba de su crin.

Benet era corteza, piedra, sombra en la noche, aire entre las hojas, y, en el más absoluto silencio, lo vio pasar. Situó la cabeza muy arriba, allí donde dos puntos rojos destellaban como estrellas lejanas. Pasó a su lado, tan cerca que las tripas de su caballo le mancharon las manos, y, tras el roce de una piel áspera, fría y dura, sintió una respiración profunda y siseante.

El tiempo se detuvo para Benet mientras aquello pasaba llevándose la mitad superior de su amado caballo. Y el horror, la pena y la impotencia hicieron hogar en su pecho mientras la cosa descendía hasta el arroyo y se perdía en el bosque en aquella noche de incontables estrellas.

9

Benet continuó siendo corteza de pino, musgo del suelo y parte completa del bosque a cada soplo de viento. Día tras día, su polvo se mezcló con las cenizas de la hoguera apagada. Sus amigos le prestaron una atención escasa a su ausencia y se hartaron de contar estrellas por el resto de sus vidas sin completar la tarea. Tampoco nadie quiso saber nada de los cuartos traseros del caballo que se pudrían en el camino hacia el castillo y de los que dieron buena cuenta los cuervos durante el día y las ratas durante la noche, hasta que solamente quedaron pedazos de hueso y, así, convertida la mitad del caballo Pel en abono, los restos de Benet erraron sin descanso buscando a su verdadero amigo. Mas también los huesos del caballero habrían de tener buena sepultura, aunque eso sucedería mucho tiempo después.

CAPÍTULO II

VESIAT, O EL AGUADOR RUBIO QUE SOÑABA CON SER ACTOR EN WOOLLIWOOD

VELITA, LA MAYOR FAN DE VESIAT

I

El cuento del monstruo sin forma, sin morada y sin nombre se siguió contando, mas no hubo caballero valiente ni escudero precoz que quisiera encontrar su guarida y verlo con sus propios ojos.

Así, un día apareció un hombre muy apuesto llamado Vesiat, quien decía ser el mejor espadachín, el más certero, osado, bravo y diestro. No llevaba escudo ni armadura, pues decía: «No ha habido, ni lo habrá jamás, nadie que me haya rozado o haya acercado ni siquiera la punta de su espada a un palmo de mi cuerpo, ya que antes toca el suelo su cabeza cortada por mí». Vesiat lucía una camiseta ajustada, para envidia de los hombres y deseo de las damas, y se paseaba por las calles con la cabeza alta para que todos admiraran su bello rostro de pómulos prominentes y mandíbula cuadrada, así como su melena rubia y portentosa.

Vesiat tenía buenas dotes de actor y practicaba gestos para reforzar sus palabras y dotarlas de agresividad o de ternura según lo necesitara. Entrenaba su cuerpo seis horas al día levantando cubos de agua que recogía de la acequia para llevarlos a los campos de riego, con lo que adquiría masa muscular, decía, y ganaba en resistencia.

Su mirada ensayada derretía a las mujeres que, al verlo pasar frente a sus umbrales, inclinaban las cabezas extasiadas con los ojos rebosantes de amor.

Pero Vesiat, aunque decía ser caballero, no poseía caballo alguno, y su truco consistía en embadurnar su espada con alguna gallina robada. Así, después de regresar de algún supuesto viaje, se deleitaba explicando al grupo reunido en la plaza que la sangre que salpicaba su cuerpo y el puñado de pelo que esgrimía —arrancado a alguna cabra despistada— eran pruebas más que incontestables de un enorme bicho que acababa de matar a pecho

descubierto. Los presentes se dejaban seducir por el perfume de las flores y el canto de los pájaros que describía e imitaba con tanta habilidad, y los niños y niñas se maravillaban mientras Vesiat proseguía con su historia imaginándose por una senda bajo las lanzas de luz que, con círculos de claridad, iluminaban el bosque.

—De repente —explicaba Vesiat en uno de esos días—, cayó ante mí una masa amorfa de pelo de más de dos metros con una gigantesca boca llena de colmillos.

Algunos niños se estremecieron y se taparon los ojos y otros gritaron de miedo al arropo de sus madres, quienes, secándose las lágrimas, se miraban unas a otras y se decían boquiabiertas: «¡Qué valiente es Vesiat!».

—¡Mirad! —gritó Vesiat señalando al horizonte—. Lo tengo ante mí, a un palmo del rostro. Puedo oler los vapores que desprenden de su estómago y sé, con ese dato, que se ha comido a seis o siete hombres. Pero yo no me amedrento y saco la espada con un gesto muy rápido y la volteo en el aire por detrás para luego cogerla con la mano izquierda. —Esto lo tenía ensayado y le salía muy bien—. Así desenvaino a Morela y con el puño derecho le doy un directo en el paladar que lo lanzo hacia atrás. El bicho, entonces, empieza a gemir, y su grito retumba por el interior del bosque y se propaga por toda la comarca.

—¡Sí! —dijo una mujer que le estaba dando el pecho a su bebé—. Yo escuché ayer un golpe en el cielo y pensé que se avecinaba una tormenta.

—¡Pues, aunque luego efectivamente llovió, fue el grito de dolor del monstruo tras recibir mi puño en su boca! —exclamó Vesiat.

—Y luego, ¿qué paso? —preguntó un niño.

—Le clavé a Morela. ¡Así! —Y movió su espada, dándole una vuelta completa en el aire.

Mientras Morela volaba, Vesiat saltó, hizo una pirueta y casi le dio una patada a una niña. Al vuelo, y con un gesto rápido y preciso, recuperó la espada, y con una rodilla clavada en el suelo hizo ademán de sacarla como si estuviera incrustada en verdad en el cuerpo de un bicho repelente, tras lo que se irguió con orgullo y enseñó el pelo de cabra a modo de trofeo.

—¡Así fue como lo maté!

Todos se quedaron atónitos, y las niñas aplaudieron de admiración y deseo e intentaron saltar sobre Vesiat con la pretensión de apretar sus pechos menudos contra los poderosos músculos de su admirado galán.

—A la primera voltereta ridícula tuya el monstruo te habría comido un brazo y estaría masticándote el culo.

Quien había hablado era un fornido hombre de aspecto rudo y cicatriz en el rostro llamado Turms, de quien era bien conocida su envidia hacia Vesiat.

—Sí —repitió. Avanzó hacia Vesiat dando empujones a todo el que se le ponía por delante—. Si yo hubiera sido el monstruo del que hablas te habría partido el espinazo antes de que mi espada hubiera alcanzado tu mano, *Vesiat el regador*.

—¡Tú qué sabrás, grandullón horrible! —le gritó una niña.

—Déjalo en paz, Turms el herrero —le ordenó la mujer que daba de mamar al bebé.

La gente empezó a increpar a Turms para que se marchara, pero este continuó avanzando hacia Vesiat.

—Sí, soy regador, pero por el bien de mi cuerpo, para mantenerme en forma —dijo Vesiat, envalentonado—. No necesito el dinero para nada.

Turms apartó de un golpe a un jovencuelo que se le había encarado y que salió despedido cinco varas por encima de una tapia.

—Ya sé —habló Turms—. Sé perfectamente que estos ignorantes te dan de comer a cambio de tus historias falsas. Y, cuando no, te dedicas a robar gallinas.

—¡Envidia le tienes! —se oyó gritar a alguien entre la multitud.

—¡Mis aventuras no son falsas! —exclamó Vesiat con un nudo en la garganta.

—¡Déjalo ya! —rogó otra admiradora.

—Óyeme, *Vesito* —le dijo Turms, irónicamente tierno—, estoy deseando no ver nunca más tu melena rubia de asno ni tus ojitos de caracol.

—¡Envidia le tienes, so feo! —gritó otra niña al borde de la histeria.

Turms se acercó, y si Vesiat era grande, pues media casi dos varas y media de alto, el otro lo era un palmo más, y sus músculos, aunque no tan estilizados, podían partirlo en dos. Así que Vesiat, en

lugar de enfrentarse a él, escondió la espada con recelo y, mientras retrocedía otro paso, exclamó:

—¡La espada es mía!

—Me la robaste —replicó Turms en un tono tranquilo—, así que quiero que me la devuelvas o, en caso contrario, me la pagues con el montón de dinero que dices que te sobra.

Vesiat tropezó, cayó al suelo y fue entonces cuando la muchedumbre se lanzó sobre Turms. Las niñas le mordieron los muslos, los niños le tiraron piedras y las mujeres, aprovechando, le cachetearon y pellizcaron las apretadas nalgas. Los hombres no dijeron nada y permanecieron quietos, pues en secreto deseaban que Turms le diera una paliza al que se metía en forma de sueño en las camas de sus mujeres y de sus hijas.

Turms clavó su mirada cejijunta en Vesiat y siguió inmóvil, consciente de que con un paso se desharía de la muchedumbre y que con otro movimiento de su mano le podría aplastar la cabeza al rubio regador.

—¡Yo no te debo nada, hermano! —gritó Vesiat con una pequeña lágrima asomando a su ojo derecho—. ¡Me la regaló nuestra madre! Y te voy a demostrar, ¡os demostraré a todos!, de lo que soy capaz.

La gente se detuvo y las niñas volvieron a su éxtasis imaginario en el que se tumbaban sobre el pecho de su amado Vesiat mientras este recuperaba la compostura y continuaba, resolutivo:

—¡Traeré la cabeza de un monstruo, el más grande de todos, y te la daré para que la contemples y rememores por siempre mi hazaña! ¡Para que tú y nuestro padre fallecido sepáis de una vez por todas quién soy!

Dicho esto, se dio media vuelta, saltó un muro, tropezó, se dio un golpe con el borde en un diente y, con otra lágrima resbalando por su mejilla, fue como se marchó.

—¡Hazlo! —le retó su hermano Turms—. ¡A ver si así, vendiendo esa cabeza, recupero el valor de la espada! ¡Mal día te parió nuestra madre, que en paz descansa, cuando no has hecho más que deshonar a la familia! —Turms siguió hablando, aunque Vesiat ya no lo escuchaba y la gente empezaba a marcharse—. ¡Deja de soñar estupideces y trabaja por tu futuro como un hombre sensato!

Al fin, en medio de la plaza, no quedó más que Turms, inmóvil, con la cabeza gacha y un sentimiento hondo de tristeza al pensar en el destino predecible y aciago de su querido hermano.

2

Esa misma noche, Vesiat decidió demostrar que podía matar al monstruo más grande jamás visto y entregarles a todos una auténtica prueba de ello. Así, al amparo de la luna, sigiloso, salió del cobertizo donde vivía (afirmaba que estar entre grandes ubres le confería una energía especial) y se dirigió al gallinero de Cosme. Entró en silencio y como en muchas otras ocasiones, mas aquella vez con intención de llevarse no una gallina, sino tres, con cuya sangre empaparía su cuerpo, la espada e incluso un poco de su pelo. Quizás cogiera también alguna zarza y se arañase con ella, pero solamente un poco para que las heridas cicatrizaran rápido y, evidentemente, en sitios que pudiera cubrir con ropa. Pensaba en todo eso mientras abría la puerta y accedía al interior.

La leve luz blanquecina entre los tablones apenas le permitía ver, y se frotaba las manos preparado para coger la primera de las gallinas cuando notó una respiración justo delante de su nariz seguida, de sopetón, por una pregunta:

—¿Quién anda ahí?!

Vesiat notó un golpe en la barbilla y se vio sorprendido por el reflejo de la hoja larga y afilada de una guadaña. Así que salió del gallinero tan rápido como había entrado mientras aquella guadaña cortaba el aire tras él y esa misma voz, que era la de Cosme, gritaba:

—¡Al ladrón, al ladrón!

Vesiat desapareció tras un muro de piedra y luego se movió en cuclillas, evitando las luces que comenzaban a despertar en las ventanas. Sin que nadie lo viera, y con mucha fatiga, consiguió alcanzar el cobertizo.

Los gritos se fueron apagando a medida que el cansancio retornaba a los párpados de los noctámbulos impenitentes y solamente Cosme, muy enojado, quedó rondando las calles en busca del malhechor clandestino. Vesiat escuchaba el retumbar de sus pasos al otro lado y cada ruido, por leve que fuera, lo alertaba. El chillido de

un ratón le encrespaba la piel. El aleteo de un murciélago hacía que respirase angustiado.

Finalmente Cosme, entre reniegos y amenazas, también se marchó, y Vesiat se quedó como al principio, olvidándose pronto de lo cerca que había estado aquella guadaña de cercenarle un trozo de nalga. Mas tuvieron que pasar unas cuantas horas hasta que, pasada la tensión de los nervios y apoyado en el lomo acogedor de una de sus queridas vacas, el sueño le venció.

3

Antes de que amaneciera, Vesiat urdió un plan. Como parecía que ya no podría robar más gallinas, pues Cosme montaba guardia y dormía con ellas, le cortarían la cabeza a una vaca. De esa manera tendría mucha más sangre, y con las tripas y algunos órganos podría fabricar, se le ocurría, alguna forma rara que pudiera enseñar para probar su gesta.

Vesiat se levantó cuando la luz anaranjada se filtraba por la pequeña ventana del cobertizo y llegaba a sus oídos el sonido de los pajarillos más madrugadores. Se puso ante una de las vacas y la miró en silencio. Era aquella con la que había compartido tantas noches, la de las ubres más grandes y sonrosadas, aquella con la que se acurrucaba cuando hacía más frío en las negras noches del invierno. Esos pensamientos lo hicieron recular... No podía matar a Bepa, ni tampoco a Fro. Por supuesto, mucho menos a Teresa, que tenía menos de un año. ¡Eran sus amigas!

Así, incapaz de aquel atroz asesinato, Vesiat tomó a Morela y se marchó al bosque, pero antes bebió leche directamente de la ubre de Bepa, que se la entregó agradecida y lanzó un mugido hondo al aire matinal. Con la tripa llena, emprendió la caza sin que nadie lo viera. O eso creía.

4

Vesiat caminó largo rato por un camino de tierra que no sabía hasta dónde le llevaba y sintió cierta satisfacción ante aquella incertidumbre. Cuando el sol estaba a la altura de su cara y empezó a

molestarle en los ojos, contempló en el horizonte las torres de un hermoso castillo.

Vesiat había salido muy poco del pueblo. Era receloso del mundo, y sólo tenía en mente aquel lugar que tantas veces había mencionado su madre. Wooliwood se le antojaba un lugar maravilloso, lleno de luces y árboles y animales exóticos, un lugar adonde iban los actores para ganar montañas de dinero. «Los actores guapos como tú», le decía su madre, y él lo recordaba. «Y se divierten mucho haciendo fiestas, y tienen toda clase de comida sin trabajar, porque en verdad lo que hacen les gusta tanto que no lo consideran trabajo. Y cantan para los reyes más importantes y representan las mejores obras. ¿No es maravilloso? Yo me hubiera casado con uno de esos guapos actores si tu abuelo no me hubiera vendido al engendro jorobado y peludo al que tú llamas padre».

Su madre le contaba otras cosas, pero Vesiat, no sabía muy bien por qué, no las recordaba tanto. Sí le venía a la mente y con perfecta claridad aquella cara horriblemente transformada, descompuesta por gestos de rabia, y el dolor intenso de los azotes sin saber muy bien el motivo. Después, y más calmada ya, su madre comenzaba una nueva historia de actores hermosos que vivían en Wooliwood, y era entonces cuando Vesiat se sentía feliz de nuevo.

Al ver en la lejanía las torres del castillo, Vesiat recordó aquellos momentos en que su madre lo acunaba con cariño y decidió olvidarse de matar a ningún animal. Llevaba encima el oro de sus ahorros, que había reunido no por lo que recibía de su trabajo, sino porque todo lo guardaba, y se encaminó lleno de ilusión hacia la fortaleza con una bruma de arena y su sombra larga tras de sí.

Al poco rato Vesiat se detuvo. Hacía mucho calor, y como durante la noche apenas había dormido, empezó a bostezar de cansancio. Al observar un claro inundado por la luz del cielo, cada vez más blanca, se salió del camino y se internó en el bosque. Había visto un enorme pino cuyas ramas sobresalían con desproporción sobre las copas macizas del resto, y le pareció un lugar perfecto para tenderse.

Después de atravesar las hierbas y un hermoso campo de flores, se detuvo bajo el tronco grueso y contempló su grandeza.

—¡Hola!

Vesiat se sobresaltó al escuchar una voz dulce y, sin dejar de mirar hacia arriba, preguntó:

—¿Acaso eres un árbol parlanchín? Había oído hablar de vosotros, pero nunca pensé que me encontraría con uno. Debes de ser muy viejo.

—No —contestó la voz un poco nerviosa—. Soy una niña y me llamo Velita.

—Ese nombre me suena... —caviló Vesiat, tocándose la barbilla y adoptando una postura seria—. ¿Es que te has fundido con el árbol a la espera de que un hombre apuesto como yo, tras talarte, te bese?

—No. Soy una niña normal y estoy detrás de ti.

Aquí Vesiat se asustó. Se volvió y observó a Velita, una de las niñas del pueblo, que lo miraba con ojillos de osezno, la barbilla arrugada en un puchero, una corona de flores secas sobre su pelo rizado y las dos manos sujetando los bajos de su falda.

—¿Pero tú qué haces aquí, Velita?

Vesiat levantó la cabeza, la movió para que su melena rubia ondulara en el aire y se puso donde había más luz para que así los ojos le brillaran más.

—Pues te he seguido porque...

La niña se detuvo. Su mirada se posó en los ojos de él, luego en su pelo, en su pecho, en sus muslos, para al fin quedarse fijos en el suelo.

—¿Qué dirá tu padre, pequeña?

Vesiat dejó de contonearse y de adoptar posturitas. Se acababa dar cuenta de que tenía ante él un problema bien grave.

—Yo solamente quería ir contigo —repitió Velita con los mofletes sonrojados por la vergüenza y los labios torcidos en una mueca.

—Me has metido en un buen lío. —Vesiat se acercó más. Se arremangó y colocó las manos en las caderas marcando mucho los músculos—. ¿Cómo me has seguido?

—Yo... —empezó la niña con la cabeza más gacha. Le temblaban los labios y parpadeaba a cada instante—. Yo... Es que...

De repente, Velita empezó a llorar. Se tapó la cara con las manos y se dejó caer al suelo.

—Yo, yo, yo... —repetía de rodillas y ahogada por los llantos.

Vesiat dudó sobre lo que hacer. Cuando más libre se sentía y más feliz se las juraba, se encontraba con aquella niña en su camino. O,

más bien, ella se había encontrado con él. ¿Qué hacer? Si regresaban juntos al pueblo, ¿qué le diría Velita al resto? Estaba seguro de que, para dar envidia a sus amigas, era capaz de contar que Vesiat la había raptado porque la amaba más que a nadie. Entre suspiros y parpadeos melosos, confesaría que él se lo había dicho una noche en que, como otras tantas, había acudido a su cama en secreto. Explicaría, con los labios pequeños y las mejillas encendidas, que, henchido de amor y de deseo, Vesiat había tramado su fuga para poder casarse con ella y así, entregados a la pasión, tener un buen puñado de hijos.

El pulsó de Vesiat se aceleró ante estos pensamientos tan funestos. Para la niña sería un juego, pero para él un conflicto de envergadura. Sabía de sobra que el padre de Velita le machacaría la cabeza con una maza sin darle tiempo para explicarse y que luego remataría la pulpa de sus sesos con varios pisotones.

¿Qué hacer?

Los llantos cada vez más fuertes de Velita sacaron a Vesiat de su elucubración.

—¡Pero, niña, para ya! —le rogó.

—Yo, yo, yo... —seguía Velita. Se le resbalaban las lágrimas por entre sus dedos finos y caían al césped cual lluvia diminuta.

Vesiat, muy alterado, comenzó a decirle a Velita que se callara, pues temía que alguien pudiera escucharlos desde el camino y que la situación que acababa de imaginar se tornara trágicamente cierta. Pero como la niña no cesaba en su lloriqueo, empezó a gritar:

—¡Cállate de una vez, tonta! ¿No ves que llorando no consigues nada? ¿Qué te pasa? ¿Me lo quieres decir de una vez?

Mas la niña lloraba tanto que se ahogaba entre suspiros y Vesiat, incapaz de acercarse a ella, angustiado ante la idea de tocarla, se sentía terriblemente mal. El cielo estaba despejado y, a excepción de los llantos, reinaba el silencio bajo el pino enorme. De repente, un cuervo apareció graznando, atrapó una mariposa amarilla y se perdió por encima de la arboleda. Vesiat se tiró del pelo y se mordió el pulgar sin saber dónde esconderse. Observó por unos instantes su espada y la desvainó. Tendida entre unos matojos, Velita se cubría la cara. La corona de flores secas ahora estaba tirada en el suelo y bajo ella se escurría una lagartija con un pequeño insecto entre los dientes.

5

La luz atravesaba las agujas de los pinos, y una bruma cálida se deslizaba sobre ellas. Las aves revoloteaban entre las ramas y las ardillas saltaban de copa en copa. Un rumor de agua, proveniente de algún lugar cercano donde las sombras cubrían de humedad los troncos y unos hongos enormes crecían a su antojo, llegó a los oídos de Vesiát.

Su plan era perfecto. Durante la noche un monstruo había entrado en el pueblo para alimentarse de las gallinas de Cosme. Algo lo había espantado y, en su huida, había entrado con pies largos y la boca rezumante en una de las casas. Ese ser era el culpable del rapto de Velita. Pero Vesiát, desvelado de su sueño a causa del revuelo, había visto a través de la ventana cómo una forma enorme, de ojos malignos y garras ganchudas, se llevaba a la niña dentro de su boca nauseabunda.

Vesiát lanzó algunas miradas en derredor.

Presuroso, había salido tras el monstruo y, con el firme propósito de rescatarla, lo había seguido.

Levantó la espada.

Velita, más tranquila, respiraba ahora con bocanadas hondas y entrecortadas. Sobre el vestido, un rayo de luz como un pez de plata.

Y diría que él acorraló al monstruo contra un muro y lo enfrentó.

Dio un paso hacia Velita.

Y que combatió con ferocidad.

La niña se restregó los ojos y suspiró. Vesiát se dio un corte en el hombro y una línea de sangre se derramó entre sus carnes y se deslizó por su brazo.

El monstruo lo hirió, pero él no desistió y luchó y luchó, y consiguió derrotarlo. Pero...

La pequeña Velita levantó la cabeza mientras Vesiát alzaba el brazo.

Él derrotó al monstruo, sí, pero Velita... ¡Oh, Velita había sido decapitada!

Y estaba muerta.

Levantó todavía más la espada.

Les llevaría, a modo de prueba, la cabeza.

Apretó los músculos para descargar el golpe final. Velita lo miró y sus labios delgados, tras un leve esfuerzo, dijeron:

—Yo... te quiero.

Gotas de sangre que la luz bañó como diminutos soles vespertinos resbalaron por la hierba, y las moscas se posaron a sorber. El brazo de Vesiát, detenido en el aire, había perdido toda su fuerza. Otra gota, que caía desde la herida del hombro, salpicó a una mariquita y enmascaró su camuflaje.

El brazo cayó, se balanceó, débil, herido y cobarde. La espada lo siguió y Vesiát se puso de rodillas, alargó las manos y atrajo el cuerpo menudo de Velita contra el suyo. La abrazó fuerte y, sintiendo los rizos suaves contra su mejilla, lloró.

6

Velita y Vesiát estaban recostados contra el enorme pino y el sol brillaba en el cielo como una pupila fulgurante en un hermoso iris de azul infinito.

—Si ese es el ojo de Dios —dijo Vesiát, interrumpiendo el murmullo de los árboles y el susurro del arroyo—, imagina cómo será su cara.

Velita acababa de despertarse y, tumbada sobre el pecho de Vesiát, acurrucada entre sus piernas y brazos, se sentía tan a gusto que permanecía inmóvil mientras suspiraba de felicidad.

—¿Sabes? —dijo Vesiát—. Hay un lugar lejos de aquí que se llama Wooliwood, y voy a ir hasta allí porque no quiero ser un aguador ni un vulgar herrero. Soy mejor que eso, Velita, y puedo vivir haciendo las cosas que me gustan. Velita, deberías hacer lo que te guste, porque si te gusta lo que haces parecerá que no trabajas. No mires por lo que quieran los demás. Sé tú misma y no hagas caso a nadie.

Se detuvo a mirar una nube que navegaba en el cielo como una lágrima y continuó:

—Siempre he luchado por llegar a ser lo que deseo, y por eso me odia mi hermano. Yo nunca le prometí a nuestro padre que sería herrero. ¡Nunca! Y la espada es mía... Me la guardó mi madre, y antes de morir me dijo: «Esta es la espada más hermosa para el más hermoso de los hijos».

Velita seguía inmersa en su ensueño de paz y tranquilidad. Los pajarillos piaban y las moscas volaban como chispas veloces en la luz.

—¿Qué es esto? —preguntó de repente Velita.

Vesiat dirigió la mirada hacia donde señalaba la niña. Entre las raíces salientes del enorme pino, bajo ellas y casi oculta por completo por unas margaritas, se veía una piedra gris con dos agujeros más o menos redondos y otro en el centro, aproximadamente triangular. Vesiat alargó la mano, sacó la extraña piedra y, cuando la tuvo delante, la soltó horrorizado.

—¿Por qué te asustas? ¿Qué es?

—Una calavera. —Vesiat tragó saliva—. La cabeza sin piel ni pelos de un hombre que murió, seguramente, hace mucho tiempo. Mírala bien, Velita, porque en eso nos convertimos al final de nuestras vidas.

—¿De quién será?

—No lo sé. Pero mira, hay más huesos...

Hurgó entre las raíces y sacó una mano esquelética por la que se movían unos bichos. Velita gritó y se tapó los ojos con una mueca de asco.

—Sé de quién es —dijo Vesiat de repente, mientras sostenía la mano y la observaba con estupefacción—. Es la mano de un hombre bueno. La mano, y aquella la cabeza, de un hombre que venía a rezarle a este árbol.

—¿Para qué? —preguntó la niña.

Vesiat sonrió.

—Para pedirle a Dios que concediera los deseos de las buenas personas. Y, de una manera mágica, los ruegos de todas ellas entraron en la corteza de este pino y le dieron fuerzas para crecer. ¿Y sabes por qué es tan alto, Velita?

—No —contestó la niña cogida del brazo de Vesiat y apretando la cara bajo su axila.

—Porque quería llegar hasta Dios para entregarle con sus ramas los deseos que le habían traído y, una vez concedidos, devolvérselos a través del tronco y las raíces para que él los repartiera. —Vesiat suspiró—. Pero supongo que murió esperando.

Diciendo esto, levantó la mano esquelética y la miró sobre el fondo de ramas, que parecían estirarse hasta el infinito. La luz se filtraba y caía sobre ellos como decenas de mariposas blancas.

—¡Mira! —exclamó de repente Vesiat. Sin levantarse señaló un punto casi oculto entre las matas donde la tierra tenía un tono gris

y seis piedras se agrupaban formando un círculo—. ¡Ahí comía el siervo de Dios!

Satisfecho con su historia, dejó los huesos donde estaban y reposó la mejilla en la cabeza de Velita. Besó su pelo y sintió el suave movimiento del pecho menudo contra el suyo. La niña había vuelto a dormirse y, aunque tenía hambre y el reposo de la naturaleza le hacía pesados los párpados, Vesiat no se movió, pues quería aprovechar aquel momento y recrearse en la enorme paz que sentía.

Sabía que estaba metido en un lío. Sin embargo, los pensamientos que tuviera horas antes en los que le cortaba la cabeza a la niña se le antojaban ahora una pesadilla ajena y abyecta. Debía ser valiente y enfrentarse a la vida, como siempre había querido su madre. Era su momento.

El aire se movió tras el tronco grueso, buscó la hondura del bosque, donde las aguas del arroyo se deslizaban como su mano sobre la piel de Velita, y silbó una melodía extraña al penetrar los recovecos húmedos de una gran cavidad. Vesiat se concentró en aquel sonido lejano y se fue durmiendo poco a poco mientras inventaba los lugares que el viento habría visitado, como aquel, lejos, muy lejos, donde los sueños se convertían en realidad.

I

Tras dormirse, Vesiat soñó que estaba en lo alto de la muralla de un castillo y que, sentado en una banqueta, dibujaba con una pluma humedecida en tinta unos puntos en un pergamino. Observaba el cielo estrellado y la luna, descarada, lo contemplaba a él. Allí, una estrella; allí, otra; allí, una más. Así de simples eran sus pensamientos.

No estaba solo. Junto a él había otros hombres con los petos descordados y los cascos sobre las rodillas que sostenían otros pergaminos como el suyo y que, como él, también contemplaban el cielo nocturno. Uno de ellos, con una sonrisa afectuosa, le preguntó:

—¿Cuántas estrellas llevas, Benet?

—Mi nombre no es Benet —contestó Vesiat.

—¿Cuántas llevas?

A pesar de que se hubiera dirigido a él por un nombre distinto, Vesiat sintió un gran regocijo cuando le enseñó el pergamino.

—¡Mira! —dijo entusiasmado.

—¡Llevas muchas! —lo animó el otro. Luego, añadió—: Pronto acabaremos y haremos una fiesta.

Entonces Vesiat contempló su pergamino, todo lleno de puntos, que eran las estrellas que contaba, y volvió la vista hacia el cielo. Con mucho cuidado, fijó el lugar exacto e hizo un nuevo punto.

De repente, una fuerza se apoderó de él y obligó a la pluma a correr entre los puntos, uno tras otro, línea tras línea, dominado por una extraña ansiedad. Primero le parecieron rayas indefinidas, pero pronto tomaron forma al unirlos todos. Al terminar, lo que había dibujado allí, impulsado por un extraordinario poder, comprobó que no era otra cosa que la figura de un caballo orondo y hermoso.

8

Era el mismo cielo. La noche había vuelto a hacerse real para Vesiat. Sentía frío y se abrazó a Velita, que seguía durmiendo. Sin dejar de pensar en el sueño que acababa de tener, de repente se fijó en una luz débil y azulada que brotaba de las raíces del enorme pino, allí donde se escondían los huesos. Quedó paralizado y, con una mezcla de curiosidad y de miedo, se abrazó más fuerte a Velita, quien en su reposo le correspondió con un largo suspiro.

La luz se escurría en forma de bruma sobre la hierba, resaltando con una claridad tenue las plantas, los troncos y las ramas de alrededor. Era una neblina peculiar, pues algo de consistencia tenía al arrastrar tras de sí, como si se hubiera pegado a ella, un hueso.

La niebla se movió con el hueso detrás haciendo saltar a los ratoncillos hacia nuevos escondites, llegó hasta la calavera y se introdujo en ella por las cuencas de los ojos. El fantasma, pues eso es lo que era, caminó con el hueso y la calavera sumergidos en su masa transparente y se dirigió con lentitud hacia Vesiat, quien, horrorizado, se tapó la cara con los cabellos de Velita. El ser de ultratumba se detuvo, cubriendo con su luz la corteza del pino, las ropas y la piel de Vesiat y de Velita.

Se hizo un silencio largo en el que la respiración de la niña le pareció a Vesiat un mugido ensordecedor. Se sobresaltó al escuchar que algo se movía a su lado y profirió un pequeño grito. Con los ojos

desorbitados, observó cómo los huesos que estaban bajo el árbol se reunían traspasando la piel fantasmal hasta formar el esqueleto de un ser amorfo. Estaba tan cerca que Vesiat se dio cuenta de que se trataba de un hombre, aunque singularmente gordo. El fantasma lo miró con unos ojos diminutos en las cuencas vacías, elevó un brazo nauseabundo y, mientras señalaba como hipnotizado hacia la espesura del bosque y por encima de Vesiat, exclamó:

—¡Te comerá el caballo! ¡Te comerá el caballo! ¡Te comerá el caballo!